

«Dentro de la tienda, en una bolsita, dejé una carta dirigida a S. M. el Rey, dando información de lo que (sic) había logrado... Además de esta carta, escribí una breve epístola al Capitán Scott, quien, creía, sería el primero en encontrar la tienda». [Capitán Amundsen: Polo Sur.]

«Acabamos de llegar a esta tienda, a 2 millas de nuestro campamento, por lo tanto a una milla y media del polo. En la tienda encontramos un registro de cinco noruegos que han estado aquí: 'Roald Amundsen , Olav Olavson Bjaaland, Hilmer Hanssen , Sverre H. Hassel , Oscar Witing. 16 de diciembre de 1911. Dejé una nota para registrar que había visitado la tienda con compañeros». [Capitán Scott: su último diario]

—Los viajeros —dijo Richard A. Proctor— a veces cuentan historias maravillosas; pero es un hecho notable que, en nueve de cada diez casos, esas historias han sido confirmadas.

Ciertamente ningún viajero ha escrito jamás una historia más maravillosa que la de Robert Drumgold. Este registro finalmente lo entrego al mundo con mis humildes disculpas al espíritu del desventurado explorador por retenerlo durante tanto tiempo. Pero la verdad es que Eastman, Dahlstrom y yo pensamos que era obra de una mente trastornada; no es de extrañar, en verdad, que su mente se hubiera quebrado con los terribles sufrimientos por los que había pasado y el horror de ese destino que se cernía sobre él.

¿Qué era esa cosa (si es que era) que se acercó a él, el único sobreviviente del grupo que había llegado al Polo Sur, se metió en la tienda y, al salir, dejó allí solo la cabeza cortada de Drumgold? Nuestra explicación en ese momento era que Drumgold había sido atacado por sus perros. ¿Por qué, sin embargo, la carne no había sido arrancada de la cabeza? Este era para nosotros un misterio total. Pero esa era solo uno de muchos misterios. Ahora sabemos que esta explicación estaba tan lejos de la verdad como el lugar desolado y cubierto de hielo donde encontró su fin lo está de las sonrientes regiones tropicales salpicadas de flores.

Sí, pensamos que la mente del pobre Robert Drumgold se había quebrado, que el horror en la tienda de Amundsen era parte de su locura. De ahí nuestra supresión de esta parte del manuscrito de Drumgold. Temíamos que la publicación de un registro tan extraordinario pudiera arrojar una nube de dudas sobre los logros reales de la expedición de Sutherland.

Pero últimamente nuestras ideas y creencias han sufrido un cambio. Esta metamorfosis, apenas es necesario decirlo, se debió a los sorprendentes descubrimientos realizados en la región del Polo Sur por el difunto Capitán Stanley Livingstone, como lo confirmó y amplió la expedición dirigida por Darwin Frontenac. El Capitán Livingstone retuvo su verdadero descubrimiento, con las dudas y burlas que lo encontraron a su regreso al mundo, un secreto para todos los seres vivos excepto dos: Darwin Frontenac y Bond McQuestion. Recién ahora, al regreso del Frontenac, nos enteramos de cuán verdaderamente maravillosos y sorprendentes fueron los descubrimientos hechos por el malhadado capitán. Y, sin embargo, a pesar del éxito de la expedición de Frontenac, debe admitirse que el misterio en la Antártida se intensifica en lugar de disiparse. Darwin Frontenac y sus compañeros vieron mucho; pero sabemos que hay cosas y seres allá abajo que no vieron. La Antártida —o, mejor dicho, parte de ella— se ha convertido repentinamente en el área más interesante y ciertamente más temible de nuestro planeta.

Así se confirma otra maravillosa historia contada —o, mejor dicho, parcialmente contada— por un viajero. Y aquí estamos Eastman y yo preparándonos para ir una vez más a la Antártida para confirmar, como esperamos, otra historia, una inquietante y aterradora como ninguna concebida por cualquier romántico.

¡Y pensar que fuimos nosotros, Eastman, Dahlstrom y yo, quienes hicimos el descubrimiento! Sí, fuimos nosotros los que entramos en la tienda, encontramos allí la cabeza de Robert Drumgold y las páginas en las que había garabateado su historia de misterio y horror. ¡Pensar que estábamos allí y pensamos en la historia como el tejido sin fundamento de la visión de un loco!

¡Cuán vívidamente surge todo ante mí de nuevo: la extensión blanca, deslumbrante, cegadora a la luz destemplada del sol antártico; los perros tirando de los arneses, las maletas sobre los trineos, largas y negras como ataúdes; nuestra parada repentina cuando Eastman se paró en seco, señaló y dijo:

—¿Qué es eso?

Aproximadamente media milla a la izquierda un objeto rompía el blanco cegador de las llanuras.

—Nunatak, supongo —fue mi respuesta.

—Me parece un mojón o una tienda de campaña —dijo Dahlstrom.

—¿Cómo diablos —pregunté— podría haber llegado una tienda de campaña aquí en 87° 30' sur? Estamos lejos de la ruta de Amundsen o Scott.

—Hmm —dijo Eastman, empujando sus anteojos de color ámbar sobre su frente para

poder ver mejor—. Tal vez Júpiter Ammon, Nels —agregó mirando a Dahlstrom—. Creo que tienes razón.

—Ciertamente —asintió Dahlstrom—, a mí me parece un mojón o una tienda de campaña. No creo que sea un nunatak.

—Bueno —dije—, no sería difícil ponerlo a prueba.

—¡Y eso, queridos míos —exclamó Eastman—, es justo lo que haremos! Pronto veremos qué es, ya sea un túmulo, una tienda de campaña o solo un nunatak.

Al momento siguiente estábamos en movimiento, dirigiéndonos hacia el misterioso objeto en medio de la eterna desolación de la nieve y el hielo.

—¡Miren! —Eastman, que iba a la cabeza, gritó de repente—. ¿Ven eso? ¡Es una tienda de campaña!

Vi que efectivamente era una tienda. Pero, ¿quién la había instalado allí? ¿Qué íbamos a encontrar dentro de ella? No podría describir nuestros sentimientos mientras nos acercábamos a ese lugar. La nieve yacía apilada alrededor de la tienda a una profundidad de cuatro pies o más. Cerca, un esquí astillado sobresalía de la superficie, y eso era todo.

¡Y la quietud! El aire estaba inmóvil. Ningún sonido, salvo el de nuestros movimientos, el de los perros y el de nuestra propia respiración, rompía aquel espantoso silencio de muerte.

—¡Pobres diablos! —dijo Eastman al fin—. Hay que admitir que armaron bien su tienda.

La tienda estaba sostenida por un solo poste, colocado en el medio. A este se sujetaron tres vientos, uno de ellos tan tenso como el día en que se clavó la estaca en la superficie. Pero eso no era todo: media docena de cuerdas, o más, estaban unidas a los lados de la tienda. Allí había estado durante no sabíamos cuánto tiempo, desafiando los feroces vientos de esa terrible región.

Dahlström y yo tomamos cada uno una pala y empezamos a quitar la nieve. La entrada la encontramos suelta pero bloqueada por un par de cajas de provisiones (vacías) y un trozo de lona.

—¿Cómo diablos —exclamé— esas cosas llegaron a esa posición?

—El viento —dijo Dahlstrom—. Si la entrada no hubiera sido bloqueada no habría ninguna tienda; el viento la habría partido y destruido hace mucho tiempo.

—Mmm —reflexionó Eastman—. ¿El viento lo hizo, Nels? ¿Bloqueó el lugar así? No estoy seguro.

Al momento siguiente habíamos despejado la entrada.

Saqué la cabeza por la abertura. Por extraño que parezca había caído muy poca nieve. La tienda era de color verde oscuro, una circunstancia que hacía que la luz interior fuera algo extraña y espantosa, o tal vez mi imaginación contribuyó a ese efecto.

—¿Qué ves, Bill? —preguntó Eastman—. ¿Qué hay adentro?

Mi respuesta fue un grito, y al instante siguiente salté de la entrada.

—¿Qué pasa, Bill? —exclamó Eastman—. ¿Qué pasa, hombre?

—¡Adelante! —dije.

—¿Adelante?

—¡Una cabeza humana!

Él y Dahlström se agacharon y miraron adentro.

—¿Qué significa esto?

Eastman gritó.

—¡Una cabeza humana cortada!

Dahlström se pasó una mano enguantada por los ojos.

—¿Estamos soñando? —preguntó.

—No es un sueño, Nels —respondió nuestro líder—. ¡Ojalá lo fuera! ¡Una cabeza! ¡Una cabeza humana!

—¿No hay nada más? —pregunté.

—Nada. Ningún cuerpo, ni siquiera un hueso, solo esa cabeza cortada. ¿Podrían los perros haber hecho esto?

—¡Perros! —dijo Dahlström—. Esto no es el trabajo de perros.

Entramos y nos quedamos contemplando el espeluznante remanente de la mortalidad.

—No fueron perros —dijo Dahlström.

—¿Qué otra explicación hay? —preguntó Eastman—. Además del canibalismo.

¡Canibalismo! Un escalofrío recorrió mi corazón. Sin embargo, luego descubrimos una buena provisión galletas en el trineo, en ese momento oculto por la nieve, lo cual refutaba esa primera explicación. Perros, eso era todo, esa era la explicación, aunque lo que la propia víctima había escrito nos dijo una historia muy diferente.

Sí, el explorador había sido atacado por sus perros y devorado, pero había cosas que iban en contra de esa teoría. ¿Por qué los animales habían dejado la cabeza, todavía con los ojos azules abiertos? ¿Por qué en las facciones congeladas había una mueca de horror? Vaya, la cabeza no tenía ni siquiera la marca de un solo colmillo, aunque parecía haber sido mordida del tronco. Dahlstrom, sin embargo, opinaba que había sido cortada.

Allí encontramos otro misterio, un misterio tan insoluble como la presencia de la cabeza cortada. Una historia garabateada con lápiz, un cuaderno. El diario mismo está ante mí, y ahora procedo a relatar la historia de Robert Drumgold en sus propias palabras. No se suprimirá, insertará ni cambiará ni una palabra, ni una coma.

Comencemos con su entrada para el 3 de enero, al final de cuyo día el pequeño grupo estaba a sólo quince millas (geográficas) del Polo.

ENE. 3.—Lat. de nuestro campamento 89° 45' 10". Sólo quince millas más y el Polo es nuestro, a menos que Amundsen o Scott se nos hayan adelantado. Será nuestro de todos modos, aunque la gloria del descubrimiento sea de otro ¿Qué encontraremos allí?

Todos están de buen humor. Incluso los perros parecen saber que esta es la consumación de un gran logro. De hecho, parecen interesados, olfatean constantemente hacia el sur. ¿Qué significa?

Todo es auspicioso. El clima durante los últimos tres días ha sido simplemente glorioso. Ni una sola vez, en este tiempo, la temperatura ha estado por debajo de menos 5. Mientras escribo esto, el termómetro muestra un grado por encima. El azul del cielo es como aquel con el que sueñan los pintores, y, en ese azul, formaciones de nubes teñidas de violeta. Si fuera posible olvidar el hecho de que nada se interpone entre nosotros y una muerte horrible salvo la escasa provisión de comida en los trineos, uno podría pensar que estamos en algún país de las hadas, un glorioso país de las hadas de blanco, azul y violeta.

¿Un país de las hadas? ¿Por qué he tenido este pensamiento recurrente? ¿Por qué he comparado tan a menudo esta desolada y terrible región con el país de las hadas? ¿Terrible? Sí, para los seres humanos es terrible, espantosa más allá de todas las palabras. Pero, aunque tan indescriptiblemente terrible para los hombres, puede que no sea así en la realidad. Después de todo, ¿son todas las cosas, incluso las de esta tierra nuestra, por no hablar del universo, hechas para el hombre, este ser (un espíritu divino en el cuerpo de un cuasi-mono) que se revuelca en el fango? ¿No puede haber otros seres, sí, incluso en esta misma tierra, la nuestra, más maravillosos, sí, y más terribles también, que nosotros?

Dios sabe que, más de una vez, en esta desolación de nieve y hielo, me ha parecido sentir su presencia en el aire a nuestro alrededor: entidades sin nombre, sin cuerpo, observando.

No es de extrañar, en verdad, que una y otra vez haya pensado en estas extrañas palabras de uno de los más grandes científicos de Estados Unidos, Alexander Winchell: «La existencia racional no está condicionada a la sangre caliente ni a ninguna temperatura que no altere la materia de la que puede estar compuesto un organismo. Puede haber inteligencias corporeizadas según algún concepto que no involucre los procesos de ingestión, asimilación y reproducción. Estos cuerpos no requerirían comida ni calor diarios, podrían perderse en los abismos del océano, o permanecer en un acantilado tormentoso a través de las tempestades de un invierno ártico, o sumergirse en un volcán durante cien años, y aun así conservar la conciencia y pensamiento».

Todo esto que Winchell nos dice es concebible, y agrega: «Los cuerpos son simplemente la carga que ajusta la inteligencia a las modificaciones particulares de la materia y la fuerza universales».

Estas entidades, cosas sin nombre cuya presencia me parece sentir a veces, ¿son seres benignos o cosas más temibles de lo que la locura del cerebro humano jamás haya creado?

Pero, entonces, debo detener esto. Si Sutherland o Travers leyeran lo que he escrito pensarían que estoy perdiendo el sentido o me declararían ya loco. Y, sin embargo, como hay un cielo sobre nosotros, realmente creo que este espantoso lugar conoce la presencia de otros seres además de nosotros y nuestros perros, cosas que no podemos ver pero que nos están mirando.

Suficiente.

A sólo quince millas del Polo. A dormir. Mañana nos espera nuestro objetivo. ¡Mañana! Aquí no hay mañana, sino un día interminable. El sol ahora cabalga tan alto en la medianoche como al mediodía. Por supuesto, hay un cambio de altitud, pero es tan

ligero que resulta imperceptible sin instrumentos. ¡Pero el Polo! ¡Mañana el Polo! ¿Qué encontraremos allí? Sólo una extensión ininterrumpida de blanco, o...

ENE. 4. ¿Cómo podría describir el misterio y el horror de este día? Tan temibles fueron aquellas horas que incluso me descubro preguntándome si no fue todo sólo un sueño. ¡Un sueño! ¡Ojalá no hubiera sido más que un sueño! En cuanto al final, debo mantener esos pensamientos fuera de mi cabeza.

Nos pusimos en marcha a una hora temprana. Clima más maravilloso que nunca. Cielo que habría enviado a un pintor al éxtasis. Formaciones de nubes indescriptiblemente bellas y grandiosas. La marcha, sin embargo, fue bastante difícil. El lugar era una gran llanura que se extendía con una monótona uniformidad hasta donde alcanzaba la vista. ¿Una llanura nunca antes pisada por pie humano? Finalmente, cuando nuestros cálculos nos mostraron que nos acercábamos al Polo, tuvimos la respuesta. Fue entonces cuando los agudos ojos de Travers detectaron un objeto que se elevaba sobre el blanco cegador de la nieve.

En el instante en que Sutherland se colocó las gafas de color ámbar en la frente y se puso los binoculares en los ojos, exclamó:

—¡Mojón! —y su voz sonó hueca y muy extraña—. Un túmulo o una... tienda. ¡Muchachos, nos han ganado el Polo!

Le entregó los binoculares a Travers y se apoyó, como si un repentino cansancio se hubiera apoderado de él, contra las cajas de provisiones de su trineo.

—¡Se nos adelantaron!

Sentí mucha pena por nuestro valiente líder en esos momentos de terrible decepción, pero por mi vida no supe qué decir. Y no dije nada.

En ese momento una nube ocultó el sol, y el lugar donde estábamos se vio envuelto en una oscuridad profunda y terrible. De hecho, tan repentino y pronunciado fue el cambio que miramos a nuestro alrededor con perplejidad. A lo lejos, a derecha e izquierda, la llanura resplandecía blanca y cegadora. Pronto, sin embargo, el último rayo de sol se desvaneció. Levanté mi mirada hacia el cielo. Aquí y allá los bordes de las nubes eran tocados como por la luz de un furioso fuego dorado. Incluso esa luz se estaba desvaneciendo. Unos pocos minutos más y el último destello de sol se había desvanecido. La oscuridad parecía profundizarse a nuestro alrededor a cada momento. Una bruma ocultaba la extensión del cielo. No hubo el más mínimo movimiento en la atmósfera lúgubre y extraña. El silencio era pesado, espantoso, el silencio de la morada de la más absoluta desolación y de la muerte.

—¿Qué diablos nos espera ahora? —dijo Travers.

Sutherland se apeó del trineo y se quedó contemplando la espeluznante penumbra.

—¡Qué cambio! —dijo—. Habría encantado el corazón de Doré.

—Significa que se avecina una ventisca —observé—. ¿No sería mejor que acampáramos antes de que nos golpee? No sabemos cómo puede ser una ventisca en este horrible lugar.

—¿Ventisca? —dijo Sutherland—. No creo que signifique una ventisca, Bob. Sin embargo, no se sabe. Se produjo un cambio muy extraño, sin duda. ¡Y qué diferente se ve el lugar ahora, en esta extraña penumbra! Es extraño y terrible, es decir, ciertamente parece raro y terrible.

Volvió su mirada hacia Travers.

—Bueno, Bill —preguntó—, ¿qué ves?

Agitó una mano en dirección a ese misterioso objeto cuya vista tan repentinamente nos había hecho detenernos. Digo en la dirección al objeto porque la cosa misma ya no se veía.

—Creo que es una tienda de campaña —dijo Travers.

—Bueno —dijo nuestro líder—, pronto lo descubriremos.

Al instante siguiente, el pesado y espantoso silencio fue roto por el agudo chasquido de su látigo.

—¡Adelante, pobres brutos! —gritó—. Veamos quién se nos ha adelantado.

Pero los perros no querían seguir, lo que no me extrañó en absoluto, porque hacía tiempo que daban señales de inquietud. Los perros estaban asustados. ¿Asustados? Una palabra inadecuada, de hecho. Era miedo, crudo, terrible, lo que había entrado en los pobres brutos. Pero, ¿de dónde venía este miedo inexplicable? Eso también lo supimos pronto. ¡Lo que temían, fuera lo que fuera, estaba en la misma dirección a la que nos dirigíamos!

¿Un mojón, una tienda de campaña? ¿Qué era esta cosa?

—¿Qué diablos les pasa a los perros? —exclamó Travers.

—Nos corresponde a nosotros averiguarlo —dijo Sutherland.

Otra vez nos pusimos en movimiento. El lugar aún estaba envuelto en esa extraña y rara oscuridad. El silencio seguía siendo ese silencio espantoso de desolación y de muerte. Lenta pero constantemente avanzamos, azuzando a los animales reacios y temerosos con nuestros látigos. Por fin, Sutherland, que iba al frente, gritó. Se detuvo, mirando hacia adelante en la penumbra, e instamos a nuestros equipos a ponerse junto al suyo.

—Debe ser una tienda de campaña —dijo.

Y encontramos que era una tienda de campaña, pequeña, sostenida por un solo bambú y bien apuntalado. Confección en gabardina de color grisáceo. En lo alto del poste de la tienda habían atado otro. De este, inmóvil en el aire, colgaban los restos de una pequeña bandera noruega y, debajo, un banderín con la palabra Fram sobre él. ¡La tienda de Amundsen!

¿Cuál era el significado de eso, la extraña forma en que la tienda sobresalía por un lado? La entrada estaba bien atada. Era seguro que la tienda había estado aquí durante un año, es decir, durante toda la larga noche antártica; y, sin embargo, para nuestro asombro, muy poca nieve se había amontonado a su alrededor.

Durante algunos minutos nos quedamos allí, y muchos, y algunos de ellos bastante terribles, fueron los pensamientos que iban y venían. ¡A través de la larga noche antártica! ¡Qué cosas más extrañas podría decirnos esta tienda si se le hubiera otorgado el poder de la palabra! ¿Y qué era eso que había dentro, que hacía que la tienda sobresaliera de una manera tan inexplicable? Me acerqué para sentirlo con mi mano enguantada, pero, por alguna razón que no puedo explicar, de repente retrocedí. En ese instante uno de los perros aulló, el sonido fue tan extraño y el terror del animal tan inconfundible que me estremecí y sentí que un escalofrío me atravesaba el corazón. Otros de los perros comenzaron a gemir de esa manera misteriosa, y todos retrocedieron y se encogieron de miedo.

—¿Qué significa? —dijo Travers, su voz se hundió casi en un susurro—. Míralos. Es como si nos estuvieran implorando que... nos mantengamos alejados.

—Alejados —repitió Sutherland, dejando de mirar a los perros y fijándose una vez más en la tienda.

—Sus sentidos —dijo Travers—, son más agudos que los nuestros. Saben lo que no podemos saber hasta que lo vemos.

—¡Pobres muchachos! —dijo Sutherland—. Llegaron al Polo, pero, ¿se han ido? ¿Los encontraremos allí, muertos?

—¿Muertos? —dijo Travers con un repentino sobresalto—. Los perros nunca actuarían

de esa manera si solo hubiera un cadáver adentro. Y, además, si esa teoría fuera cierta, ¿no estarían los trineos aquí para contar la historia? Sin embargo, mira a tu alrededor. La uniformidad del nivel del lugar muestra que ningún trineo yace enterrado aquí.

—Eso es cierto —dijo nuestro líder—. ¿Qué puede significar? ¿Qué podría hacer que la tienda sobresalga de esa manera? Bueno, aquí está el misterio ante nosotros, y todo lo que tenemos que hacer para resolverlo es desatar la entrada y mirar dentro.

Se acercó a la entrada, seguido de Travers y de mí, y empezó a desatarla. En ese instante una corriente de aire helado golpeó el lugar y el banderín sobre nuestras cabezas ondeó con un sonido apagado y siniestro. Uno de los perros también levantó el hocico hacia el cielo y se elevó un aullido profundo y prolongado. Y mientras el sonido lúgubre y salvaje aún llenaba el aire, sucedió algo extraño:

A través de una súbita rasgadura en esa lúgubre cortina de nubes, el sol envió una luz dorada y espantosa sobre el lugar donde nos encontrábamos. No era más que un rayo de luz, de sólo cien o ciento veinte metros de ancho, aunque de varios kilómetros de largo, y allí estábamos, en medio de él, con la llanura a ambos lados envuelta en esa extraña penumbra, ahora más densa y espeluznante que nunca en contraste con esa espada de fuego dorado que tan repentinamente había sido arrojada sobre la nieve.

—¡Que raro es este lugar! —dijo Travers—. Al igual que una viga que se extiende a través de un escenario en un teatro.

La sonrisa de Travers fue la más apropiada, más de lo que quizás él mismo jamás hubiera soñado. Ese lugar era un escenario, nuestra luz el fuego iracundo del sol antártico, nosotros mismos los actores en una escena más extraña que cualquiera que se haya visto jamás en el mundo. Por unos momentos, tan extraño fue todo que nos quedamos mirando a nuestro alrededor con asombro.

—Muy raro —dijo Sutherland—. Pero...

Soltó una risa hueca y sardónica. En lo alto, el banderín ondeaba de nuevo con un sonido hueco y fantasmal. De nuevo se elevó el aullido prolongado, lúgubre y ferozmente triste del perro.

—Pero —agregó nuestro líder—, no queremos estar imaginando cosas, ya sabes.

—Por supuesto que no —dijo Travers.

—Por supuesto que no —repetí.

Un poco de espacio y la entrada estaba abierta. Sutherland había metido la cabeza y

los hombros a través de ella. No sé cuánto tiempo estuvo allí. Tal vez fueron solo unos segundos, pero a Travers ya mí nos pareció bastante largo.

—¿Qué es? —Travers exclamó por fin—. ¿Que ves?

La respuesta fue un grito —el horror de ese sonido nunca lo podré olvidar— y Sutherland retrocedió tambaleándose. Se habría caído si no lo hubiéramos atrapado.

—¿Qué es? —exclamó Travers—. En el nombre de Dios, Sutherland, ¿qué viste?

Sutherland se golpeó un lado de la cabeza con la mano. Su mirada era salvaje y horrible.

—¿Qué es? —exclamé—. ¿Qué viste?

—¡No puedo decirlo, no puedo! ¡Oh, oh, desearía no haberlo visto nunca! ¡No miren! Muchachos, no miren dentro de esa tienda, a menos que estén preparados para aceptar la locura, o algo peor.

—¿Qué galimatías es esta? —exigió Travers, mirando a nuestro líder con asombro—. ¡Vamos, vamos, hombre! Anímate. Contrólate. Terminemos con esta tontería. ¿Por qué la vista de un hombre muerto, u hombres muertos, debería afectarte de esta manera?

—¿Hombre muerto? —Sutherland se rió, el sonido era salvaje, maníaco—. ¿Hombres muertos? ¡Si solo fuera eso! ¿Es este el Polo Sur? ¿Es esta la tierra, o estamos en una pesadilla de otro planeta?

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Travers—. ¡Sal de ahí! ¿Qué te pasa? No dejes que tus nervios te controlen.

—¿Un hombre muerto? —preguntó nuestro líder, mirando a la cara de Travers—. ¿Crees que vi un hombre muerto? Desearía que solo fuera un hombre muerto. ¡Gracias a Dios ustedes no miraron!

En ese instante Travers se dio vuelta.

—Bueno —dijo—, ¡voy a mirar!

Pero Sutherland gritó, saltó tras él y trató de arrastrarlo hacia atrás.

—¡Significaría horror y tal vez locura! —gritó Sutherland—. Mírame. ¿Quieres ser como yo?

—¡No! —dijo Travers—. Pero voy a ver qué hay en esa tienda.

Luchó por liberarse, pero Sutherland se aferró a él en un frenesí de locura.

—¡Ayúdame, Bob! —rogó Sutherland—. Retenlo, o todos nos volveremos locos.

Pero no lo ayudé a contener a Travers porque, por supuesto, yo creía que el propio Sutherland estaba loco. Sutherland tampoco controló a Travers. Con un tirón repentino, Travers quedó libre. Al instante había asomado la cabeza y los hombros por la entrada de la tienda.

Sutherland gimió y lo miró con ojos llenos de un horror indescriptible.

Me dirigí hacia la entrada, pero Sutherland se abalanzó sobre mí con tanta violencia que caí sobre la nieve. Salté sobre mis pies lleno de ira y asombro.

—¿Qué diablos —grité—. ¿Te has vuelto loco?

La respuesta fue un gemido, horrible más allá de toda descripción, pero ese sonido no vino de Sutherland. Giré. Travers se alejaba tambaleándose de la entrada, con una mano presionada sobre su rostro, sonidos que nunca podría describir rompiendo en lo profundo de su garganta. Sutherland alargó un brazo y tocó ligeramente a Travers en el hombro. El efecto fue instantáneo y espantoso. Travers saltó a un lado como si una serpiente lo hubiera golpeado, gritó y gritó una vez más.

—¡Ey! —dijo Sutherland suavemente—. Te dije que no lo hicieras. Traté de hacerte entender, pero... pero pensaste que estaba loco.

—¡No puede pertenecer a esta tierra! —gimió Travers.

—No —dijo Sutherland—. Ese horror no nació en este planeta nuestro. Y los habitantes de la tierra, aunque no lo saben, pueden agradecer a Dios Todopoderoso por eso.

—¡Pero está aquí! —exclamó Travers—. ¿Cómo llegó a este horrible lugar? ¿Y de dónde vino?

—Bueno —lo consoló Sutherland—, está muerto, debe estar muerto.

—¿Muerto? ¿Cómo sabemos que está muerto? Y no olvides esto: ¡no vino aquí solo!

En ese momento la luz del sol se desvaneció y todo volvió a estar envuelto en tinieblas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sutherland—. ¿Cómo sabes que no vino solo?

—Bueno, está dentro de la tienda; pero la entrada estaba atada, ¡desde afuera!

—¡Tonto, tonto que soy! —gritó Sutherland—. ¿Por qué no pensé en eso? ¡No solo! ¡Por supuesto que no estaba solo!

Miró a su alrededor en la penumbra, y entendí el miedo y el horror sin nombre que lo helaron hasta el corazón, porque me helaron a mí mismo.

De repente volvió a surgir aquel aullido lúgubre y salvaje del perro. Los tres nos sobresaltamos como si fuera la voz de algún demonio procedente del rincón más espantoso del infierno.

—¡Cállate, bruto! —gruñó Travers—. ¡Cállate, o te destrozo la cabeza!

Si fue la amenaza de Travers o no, no lo sé; pero ese aullido se hundió, cesó casi al instante. De nuevo se hizo el silencio de la desolación y de la muerte. Pero por encima de la tienda el estandarte se agitó y crujió, su sonido, pensé, era como el deslizamiento de una serpiente repulsiva.

—¿Qué vieron allí? —pregunte.

—Bob, Bob —dijo Sutherland—, no nos preguntes eso.

—La cosa misma —dije dándome la vuelta— no puede ser peor que este misterio y pesadilla de la imaginación.

Pero los dos se arrojaron ante mí y me cerraron el paso.

—¡No! —dijo Sutherland con firmeza—. No debes mirar dentro de esa tienda, Bob. No debes ver... eso... eso... no sé cómo llamarlo. ¡Confía en nosotros, créenos, Bob! Nosotros, Travers y yo, nunca podremos volver a ser los mismos: ¡nuestros cerebros, nuestras almas, nunca podrán ser lo que eran antes de ver eso!

—Muy bien —asentí—. No puedo dejar de decir, sin embargo, que todo el asunto me parece el sueño de un loco.

—Eso —dijo Sutherland—, es un asunto sin importancia. ¿Loco? Cree que es el sueño de un loco. Cree que estamos locos. Cree que tú mismo estás loco. Cree lo que quieras. ¡Sólo que no mires!

—Muy bien —dije—. No miraré. Me rindo. Ustedes dos me han hecho un cobarde.

—¿Un cobarde? —dijo Sutherland—. No digas tonterías, Bob. Hay cosas que el hombre nunca debería saber; y otras que no debería ver; ese horror allí en la tienda de Amundsen es... ¡ambas!

—Pero dijiste que está muerto.

Travers gimió. Sutherland se rió un poco salvajemente.

—Confía en nosotros —dijo este último—. Créenos, Bob. Es por tu bien, no por el nuestro. Es demasiado tarde para nosotros.

Durante unos minutos nos quedamos junto a la tienda en esa extraña penumbra, y luego nos volvimos para dejar el lugar. Dije que, sin duda, Amundsen había dejado algunos registros adentro, que posiblemente Scott había llegado al Polo y visitado la tienda, y que deberíamos asegurar esos recuerdos. Sutherland y Travers asintieron, pero cada uno declaró que no volvería a asomar la cabeza por esa entrada a pesar de toda la riqueza de Ormus y de Ind, o palabras por el estilo. Debemos, dijeron, alejarnos del lugar espantoso, regresar al mundo de los hombres con nuestro temible mensaje.

—No me dirás lo que viste —dije— y, sin embargo, quieres volver para poder contárselo al mundo.

—No vamos a decirle al mundo lo que vimos —respondió Sutherland—. En primer lugar, no podríamos, y, en segundo lugar, si pudiéramos, ni un alma viviente nos creería. Pero podemos advertir a la gente, porque esa cosa de allí no vino sola?

—También deben estar muertos —exclamé.

—¡Amén! —dijo Sutherland—. Pero tal vez, como dice Bill, no esté muerto. Probablemente...

Sutherland hizo una pausa y una mirada salvaje e indescriptible apareció en sus ojos.

—¡Tal vez, ¡no puede morir!

—Probablemente —dije con indiferencia, aunque con un disgusto secreto y una pena punzante.

¿De qué serviría tratar de razonar con un par de locos? Sí, debíamos alejarnos o me volverán loco a mí también. ¿Y el largo camino de regreso? ¿Podríamos hacerlo ahora? ¿Y qué habían visto? ¿Qué horror inimaginable había detrás de esa delgada pared de gabardina? Bueno, fuera lo que fuera, era real. De eso no podía albergar la menor duda. ¿Real? Lo suficientemente real como para arruinar instantáneamente los cerebros de dos hombres fuertes. Pero, después de todo, ¿estaban realmente locos mis pobres compañeros?

—Tal vez —estaba diciendo Sutherland—, el otro, o los otros, regresaron a Venus,

Marte, Sirio, Algol, al mismo infierno, o a dondequiera que vinieran, para conseguir más de su especie. Si es así, ¡Dios, ten piedad de la pobre humanidad! Si todavía están aquí en esta tierra, tarde o temprano, puede ser una docena de años, puede ser un siglo, tarde o temprano el mundo lo sabrá. Porque ellos, si viven, o si se han ido por otros, volverán.

—Estaba pensando... —comenzó Travers con los ojos fijos en la tienda.

—¿Sí? —preguntó Sutherland.

—Podría ser un buen plan vaciar el rifle en esa cosa. Tal vez no esté muerto; tal vez no pueda morir, tal vez solo cambie. Probablemente solo esté hibernando, por así decirlo.

—Si es así —me reí—, probablemente hiberne hasta el día del juicio final.

Pero ninguno de mis compañeros se rió.

—O quizás —dijo Travers— puede ser un demonio, un fantasma materializado, encarnado.

—¡Un fantasma se materializó! —exclamé—. Bueno, ¿no todos los hombres o mujeres son exactamente eso? Dios sabe que muchos actúan como un demonio encarnado.

—Pueden serlo —asintió Sutherland—. Pero esa hipótesis no nos ayuda aquí.

—Puede ayudar un poco las cosas —dijo Travers, comenzando a caminar hacia su trineo.

En un momento había sacado el rifle.

—Pensé —dijo—, que nada podría llevarme de regreso a esa entrada. Pero la esperanza de que pueda...

Sutherland gimió.

—No es terrenal, Bill —dijo con voz ronca—. Es una pesadilla. Creo que será mejor que nos vayamos ahora.

Travers se dirigía directamente a la tienda.

—¡Vuelve, Bill! —gruñó Sutherland—. ¡Vuelve! Vámonos mientras podamos.

Pero Travers no volvió. Lentamente avanzó con el rifle apuntado ante él, el dedo en el gatillo. Llegó a la tienda, vaciló un momento y luego empujó el cañón del rifle. Tan

rápido como pudo accionar el gatillo vació el arma en la tienda, en el horror de su interior.

Se dio la vuelta y regresó como si tuviera miedo de que la tienda estuviera a punto de vomitar detrás de él todas las legiones del infierno.

¿Qué fue eso? La sangre pareció helarse en mis venas y en mi corazón cuando surgió de la tienda un sonido, un sonido bajo y palpitante, un sonido que ningún hombre había escuchado en esta tierra, uno que espero que ningún hombre vuelva a escuchar. Un pánico, una locura se apoderó de nosotros, hombres y perros por igual, y huimos de ese lugar maldito.

El sonido cesó. Pero nuevamente lo escuchamos. Era más aterrador, más sobrenatural, más enloquecedor, más infernal que antes.

—¡Miren! —gritó Sutherland—. ¡Oh, Dios mío, miren eso!

La tienda era apenas visible ahora. Un momento o dos y la cortina de penumbra lo ocultaría. Al principio no podía imaginar qué había hecho gritar así a Sutherland. Entonces lo vi, en ese mismo momento antes de que la penumbra lo ocultara de mi vista. ¡La carpa se movía! Se tambaleó, se sacudió como un monstruo sin forma en medio de la muerte, como una cosa sin nombre vista en el horror de una pesadilla o dibujada en el cerebro de la locura misma.

Y eso es lo que pasó allí; eso es lo que vimos. Lo he escrito con cierta extensión y lo mejor que he podido en las circunstancias verdaderamente terribles en las que me encuentro. En estas páginas apresuradas se registra una experiencia que, creo, no es superada por el romántico más imaginativo. Si el registro está destinado a llegar alguna vez al mundo, a ser leído alguna vez por el ojo de otro, solo el futuro puede responder a eso.

Intentaré esperar lo mejor. Sin embargo, no puedo ignorar el hecho de que las cosas están bastante mal para nosotros. No es solo este misterio siniestro y sin nombre del que estamos huyendo, aunque el cielo sabe que es bastante horrible, sino que son las mentes de mis compañeros. Pero debo controlarme. Después de todo, como dijo Sutherland, no lo vi. No debo ceder. De alguna manera debemos hacer llegar nuestra historia al mundo, aunque nuestra recompensa sea la burla de la incredulidad. Porque eso es una amenaza más terrible que cualquiera que jamás haya salido del cerebro febril de un profeta.

Ahora estamos a una docena de millas del Polo. En esa loca carrera perdimos la orientación y por un tiempo, me temo, entramos en pánico. La extraña y espeluznante penumbra es más densa que nunca. Luego vino una caída de finos cristales de nieve, que hizo que las cosas empeoraran más que nunca. Justo cuando estábamos a punto

de rendirnos nos topamos con una de nuestras balizas. Acampamos en este lugar.

Travers acaba de meter la cabeza en la tienda para decirnos que está seguro de que vio algo que se movía en la penumbra. ¡Algo que se mueve! Esto debe ser investigado.

[Es una pena que Robert Drumgold no haya dejado un registro tan completo de los días que siguieron a ese temible 4 de enero! Ningún hombre puede saber lo que atravesaron los tres exploradores en su lucha por escapar de su destino, un destino cuyo misterio y horror tal vez superen en espantosidad lo que la imaginación gótica más escalofriante jamás concibió en su más absoluto abandono al delirio y locura.]

ENE. 5. Travers había visto algo, porque nosotros, los tres, lo volvimos a ver hoy. ¿Fue ese horror, esa cosa que no es de esta tierra, lo que vieron en la tienda de Amundsen? No sabemos qué es. Todo lo que sabemos es que es algo que se mueve. ¡Dios tenga piedad de nosotros, y de cada hombre, mujer y niño en esta tierra nuestra si esto es lo que tememos!

ENE. 6. Hicimos 25 millas hoy; 20 ayer. No lo vi hoy. Pero lo escuché. Parecía cerca, de hecho, como si estuviera justo sobre nuestras cabezas. Pero eso debe haber sido mi imaginación. El efecto sobre los perros es terrible. ¡Pobres brutos! Es tan horrible para ellos como lo es para nosotros. A veces pienso que incluso más. ¿Por qué nos sigue?

ENE. 7. Dos de los perros se fueron esta mañana. Hemos hecho guardia por turnos durante toda la «noche». No se ve nada, no se escucha un sonido, pero los animales han desaparecido. ¿Nos abandonaron? Tengo miedo de que Travers se esté volviendo loco.

ENE. 8. ¡Travers ha desaparecido! Tomó la guardia anoche a las 12, relevando a Sutherland. Esa fue la última vez que lo vimos, y probablemente la última que lo veremos. No hay huellas, ni una señal en la nieve. ¡Travers, pobre Travers, se ha ido! ¿Quién será el próximo?

ENE. 9. ¡Lo vi de nuevo! ¿Por qué nos permite verlo ocasionalmente? ¿Es ese horror en la tienda de Amundsen? Sutherland declara que no lo es, que es algo aún más infernal. Pero ahora sí está loco, loco, loco, loco. Si no estuviera cuerdo podría pensar que todo es producto de mi imaginación. ¡Pero lo vi!

ENE. 11: Creo que es el 11, pero no estoy seguro. Ya no puedo estar seguro de nada, excepto de que estoy solo y que me está mirando. No sé cómo lo sé, porque no puedo verlo. Pero lo sé, me está mirando. Siempre está mirando. Y en algún momento vendrá a por mí, como pasó con Travers, Sutherland y la mitad de los perros.

Sí, hoy debe ser el 11. Porque fue ayer, seguramente fue ayer, que se llevó a

Sutherland. No vi que se lo llevara, porque se había levantado una niebla, y Sutherland fue tragado por ella. Por fin, cuando él no vino, lo busqué, pero se había ido: hombre, perros, trineo, todo se había ido. ¡Pobre Sutherland! Pero estaba loco. Probablemente por eso se lo llevó. ¿Me ha perdonado porque todavía estoy cuerdo? S. tenía el rifle. Siempre se aferró a ese rifle, ¡como si una bala pudiera salvarlo de lo que vimos! Mi única arma es un hacha. Pero, ¿de qué sirve un hacha?

ENE. 13. Tal vez sea el 14. No sé. ¿Qué importa? Lo vi tres veces hoy. Cada vez estaba más cerca. Los perros siguen lloriqueando por la tienda. Allí, ese horrible sonido infernal otra vez. Los perros. Ese sonido otra vez. Pero no me atrevo a mirar. El hacha.

Horas después. No puedo escribir más.

Silencio. Voces: me parece oír voces. Pero ese sonido otra vez. Acercándose. Está en la entrada ahora... ahora...